

cía y mostrado verdaderos tesoros que merecen, por ser nuestros, ocupar la atención (1).

En las primeras estribaciones australes de Sierra Nevada, provincia de Granada, entre hondísimos barrancos que separan cordilleras tapizadas de viñedos, y en un tajo de ciento veinte metros, se halla, casi suspendida sobre el abismo de las Angosturas, la *cueva de los murciélagos*, morada favorita de estos pajarra-cos de mal agüero. En esta cueva fueron hallados doce cadáveres colocados en semicírculo alrededor de un esqueleto de mujer admirablemente conservado, vestido con túnica de

piel. Se hallaron, añade el geólogo D. Manuel Góngora, junto á los esqueletos «cuchillos de esquisto, instrumentos y hachas de piedra, cuchillos y flechas con puntas de pedernal pegadas á toscos palos con betún fortísimo, muy bastas, pero cortantes; armas de guijarro y otras guardadas en bolsas de esparto; vasijas de barro, parecidas á las que se encuentran en otras sepulturas del reino granadino; un gran pedazo de piel extremadamente gruesa, cuchillos y punzones de hueso y cucharas de madera trabajadas á piedra y fuego, con el cazo ancho y prolongado y el mango sobremana-corta, y con un agujero para llevarlas colgadas.»

Aquellos primitivos habitantes, cuyos restos se hallaron en la cueva de los murciélagos, debieron ser *trogoditas*, ó habitantes de las cavernas, como los caricitanos en la época romana, y hoy los de Guardia, en la provincia de Toledo, y los de algún suburbio de la hermosa Granada.

El afán con que el cazador explora en busca de la pieza que husmea el perro, fué felicísimo motivo de hallazgo de una cueva llena de tesoros prehistóricos

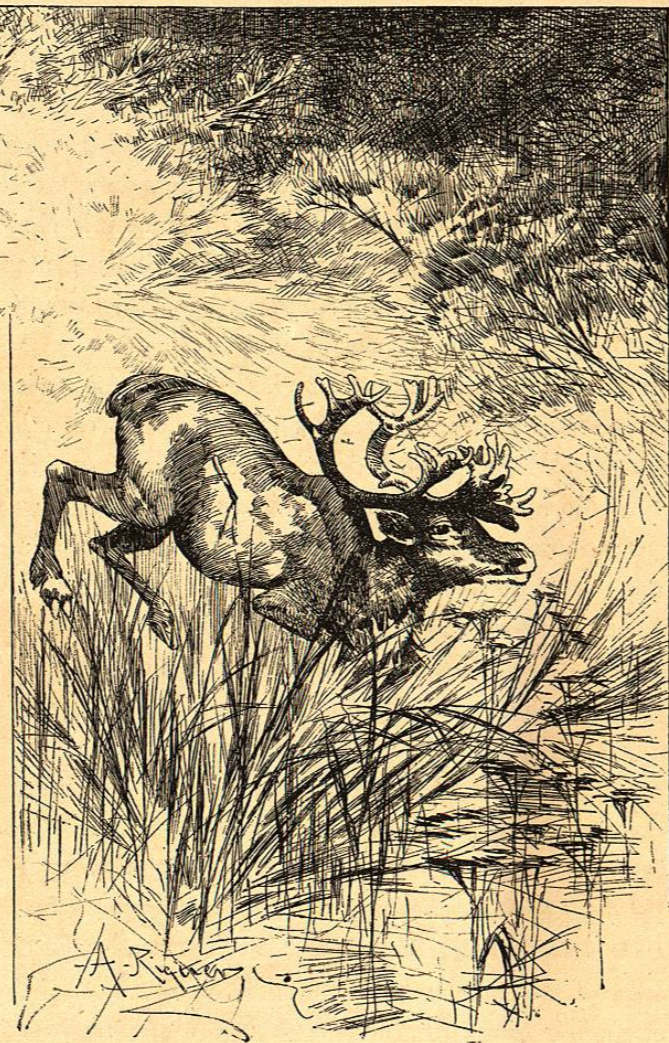
(1) *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*, por D. Manuel de Góngora y Martínez.



en el valle que separa las orillas de Torres y Albarcher. También en Andalucía varios mancebos cazadores perseguían á un conejo, que quiso burlar su empeño metiéndose en un escondrijo. Era éste una peña detenida en rápida pendiente, que rodó al más leve esfuerzo, mostrando la boca de una cueva.

Un extraño espectáculo se ofreció entonces á los ojos de los cazadores: los misteriosos habitantes de aquel antro eran varios esqueletos sentados en semicírculo, y armados de flechas con puntas de agudo pedernal primorosamente cortadas y cuchillos lanzas de sílex.

Los geólogos como Bucher, Joly, etc., etc., traban rudas batallas para explicar el hacinamiento de huesos de hombres, animales, armas y utensilios. Será debido unas veces á causas fortuitas y no simultáneas, como por ejemplo los aluviones, remociones de tierra, y otras, á



La caza del rengífero

ser las cavernas sepulcros y depósito caprichoso de objetos de las razas primitivas junto á toscos utensilios; pero, de todas suertes, la paleontología, acorde con la Biblia, afirma el hecho de que el hombre coexistió con

aquellos grandes mamíferos, cuya osamenta se halla en las cavernas, se halla en los diversos objetos de hueso en que el hombre primitivo esculpió, bien que de manera tosca, la imagen del mammoth y del rengífero.

II

Los fósiles de las grandes alimañas de las edades primitivas, mezcladas con los de las armas toscas de pedernal y sílex, halladas en grutas y cavernas, son palpable muestra de aquellas luchas terribles y legendarias, cuyo trasunto hállase en todas las teogonías.

El hombre primitivo, avanzado á luchar con los elementos, de costumbres salvajes, fuerte y aguerrido pero

débil, se halló frente á frente con terribles fieras.

Eran el oso de largas guedejas y aceradas pezuñas, doble que el de nuestros días; el elefante enorme; cubierto de crin lanosa; el rinoceronte vigoroso, el tigre y la hiena; más terribles que las que vagan hoy por nuestras selvas y bosques. Y en las islas del Este del África, en Madagascar, ó bien en la Nueva-Zelanda, en el Océa-



Caza del oso de las cavernas

no austral, volaban ó corrían aves gigantescas, como el dronte, el diornis y el epiornis, de más de tres metros de altura.

Entre el hombre primitivo y semejantes colosos se trabó una lucha terrible, desigual.

En Roma, Lucrecio expresó el concepto de la lucha primitiva en los siguientes vigorosos versos:

*Arma antiqua manus, ungues, destesque fuerunt,
Et lapides, et item silvarum fragmina rami,
Et flamma atque ignes, postquam sunt cognita primum
Posterioris ferri vis arisque reperta;
Et prior aris erat quam ferri cognitus usus (1).*

El hombre primitivo, á fuerza de desempeñar el triste papel de víctima, dejando el suelo sembrado de cadáveres devorados por las salvajes alimañas, aprendió á usar de los artificios y del ingenio para suplir su debilidad.

La caza fué, pues, su industria, la propia defensa y necesidad. El hombre *trogodita* observó las costumbres de las fieras que turbaban su reposo y el silencio de la naturaleza virgen.

Estudió las costumbres del gran oso (*ursus spelæus*), le vió refugiarse en las cavernas y usar de diversos artificios para luchar con otros animales. Los habitantes primitivos, con grandes piedras, armados de palos, y reunidos á bandadas, lograron muchas veces domar á los inmensos osos.

Más tarde, cazó también el hombre al mammoth, de la tosca pero artificiosa manera con que hoy los indios cazan al elefante. Abrieron anchos y profundos fosos, cubiertos de ramaje, cerca de los abrevaderos ó guaridas. Cuando caía el mammoth, llovían sobre él peñascos, ó bien le dejaban morir de hambre.

El cuerpo del elefante primitivo, sus pezuñas y su pelo, eran rica presa para el cazador de la edad de piedra.

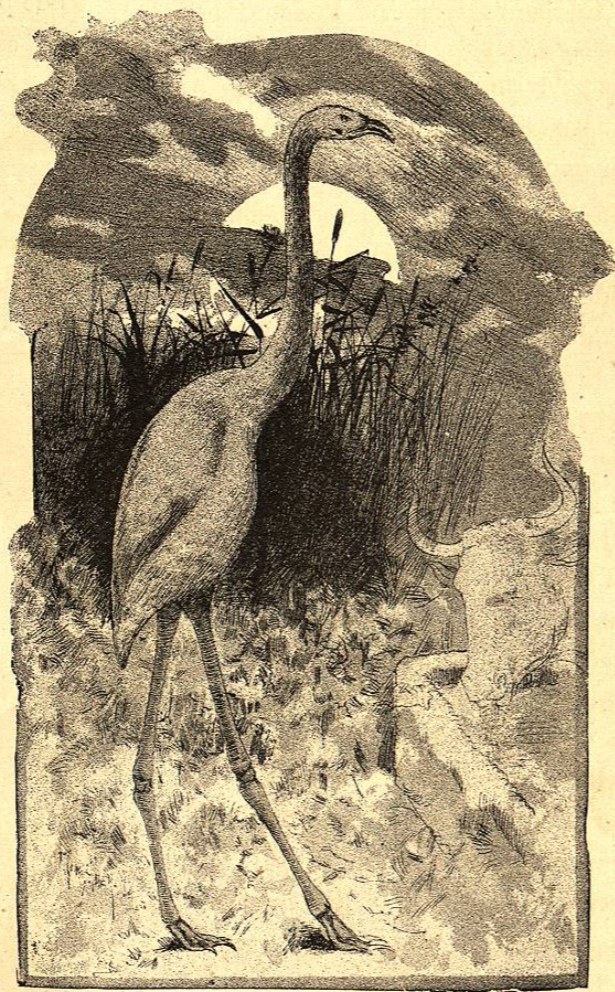
La arqueología prehistórica pregona que las primitivas armas de caza en la edad de piedra eran toscas, de sílex.

Con la piedra fabricó cuchillos y puñales, con los que luchó con los osos, y mató á los ciervos y rengiferos. Talló puntas de lanza de sílex, á las que puso mangos de palo. Por doquier se hallan las huellas de

(1) Las primeras armas de los hombres fueron las manos, las uñas y los dientes, las piedras y las ramas desgajadas de las selvas. Descubrieron despues el fuego y más tarde el uso y potencia del bronce y del hierro; pero antes del bronce que del hierro. *De la naturaleza de las cosas*, V. Lucrecio.

la caza de la edad de piedra; huesos de los animales que el hombre *trogodita* arrastraba á sus cavernas y antros, y que servían para su sustento y el de su familia.

No necesitamos dar rienda suelta á la imaginación para pintar las cacerías de la época de piedra. En el seno del África, en la Australia, existen hordas salvajes, perdidas en las inmensidades de una naturaleza



El diornis

virgen, que nos proporcionan documentos vivos, traslado fidelísimo de primitivas edades.

Rugen hoy en las soledades del corazón del África y del Asia terribles fieras que devastan los lugares do moran, sembrando el suelo de cadáveres de indígenas.

El hombre salvaje vaga hoy casi desnudo, ó bien vestido de los despojos de los animales; caza á los animales con armas toscas é informes, y suple su debilidad con el valor y el artificio.

Las cacerías de la edad de piedra se reflejan en los pedazos de asta de ciervo ó hueso de rengifero, con que el hombre primitivo hizo el esbozo del gran oso ó del elefante *primogenius*. Para que en tales edades

brotaran las primeras inspiraciones del artista, era necesario que el hombre estuviera familiarizado con la vista de aquellas alimañas.

Más adelante, en la época llamada del *rengifero*, la cultura avanzaba á grandes pasos, y el hombre pudo batirse con las alimañas con armas más mortíferas é industriales.

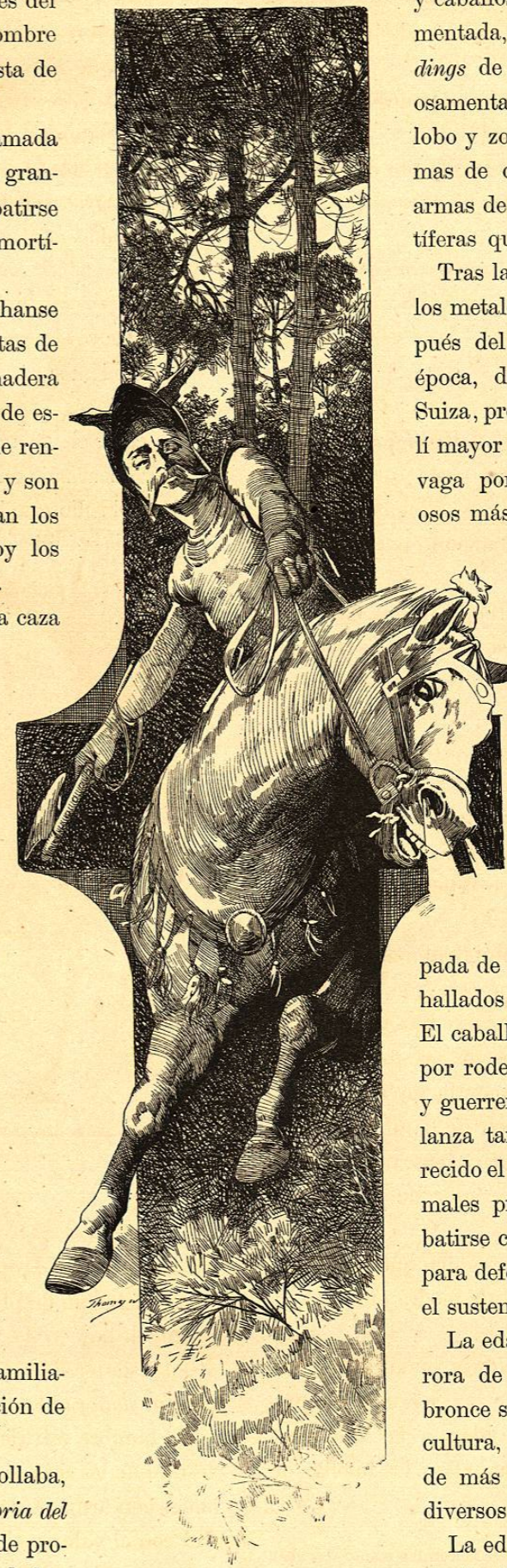
En las cavernas de Perigord hanse encontrado gran variedad de puntas de flecha y jabalinas de hueso y madera delgadas y afiladísimas. Algunas de estas flechas, engarzadas en huesos de rengifero, tienen el cuerpo acanalado, y son semejantes á las que antes usaban los indios de América y emplean hoy los esquimales en la caza de las focas.

El hombre prehistórico usó en la caza del rengifero el arco y la flecha con punta de sílex. El rengifero es un animal miedoso, que huye á la vista del cazador; por eso en diversos pueblos salvajes se caza hoy aquel herbívoro por medio del siguiente artificio: los cazadores se cubren con pieles de rengifero, adornadas de soberbios cuernos, á fin de enganar á los rebaños de aquellos animales, que, al pasar á tiro, reciben y son traspasados por una nube de flechas.

El sabio arqueólogo M. Arce lin, que tantos objetos de aquellas edades ha recogido en los yacimientos de Solutré, hace la pintura de tales cacerías prehistóricas del rengifero en los términos que dejamos apuntados.

El hombre se muestra ya más familiarizado é inteligente en la destrucción de las terribles alimañas.

En la Exposición de 1867 descollaba, en la soberbia galería de la *Historia del trabajo*, una magnífica colección de producciones artísticas de las añejas edades. En hojas y pedazos de madera, marfil y hueso, y grabados con informes buriles, se veían mammoths, rengiferos, ciervos



Cazador de la edad de bronce

y caballos. En la edad de la piedra pulimentada, los amasijos de *Kjoekken-moeddings* de Dinamarca nos muestran las osamentas del ciervo y jabalí, del oso, lobo y zorra, y aves acuáticas, y las armas de caza eran también la flecha y armas de sílex, más puntiagudas y mortíferas que las de las épocas anteriores.

Tras la época de la piedra vino la de los metales: primero la del bronce y despues del hierro. La fauna de aquella época, descubierta en los *lacustros* de Suiza, presenta en su inventario un jabalí mayor y más fornido que el que hoy vaga por nuestros bosques; ciervos y osos más grandes que los nuestros.

Las hachas y martillos, las puntas de lanzas, punzones, flechas, cuchillos, espadas y puñales, descubiertos en los yacimientos de Suiza y en los Estados Escandinavos, pregonan las menores dificultades y riesgos de las cacerías de la edad del bronce.

En la propia época aparece el tipo del bizarro cazador prehistórico, armado de espada de bronce y hacha, iguales á los hallados en las tumbas de Dinamarca. El caballo hállase adornado y defendido por rodela de aquel metal. El cazador y guerrero pedestres, llevan el hacha y lanza también de bronce. Han desaparecido el mammoth y algunos otros animales primitivos, pero el hombre ha de batirse con animales fieros, unas veces para defender sus hogares y otras para el sustento y la vida.

La edad de los metales ha sido la aurora de la civilización. El empleo del bronce señala los primeros matices de la cultura, que el hierro, más abundoso y de más bajo precio, propagó para los diversos usos de la vida.

La edad histórica nace en las postrimerías de la época del hierro.

Las armas de toda suerte se multiplican y propagan. La metalurgia, que había hecho grandes progresos durante la